



**En diálogo con  
la Dra. Ana María Fernández**

***A 25 años de *La mujer de la ilusión: pactos y  
contratos entre hombres y mujeres****

---

*Dra. Ana María Fernández (PhD) • Mauricio Clavero Lerena*



*entrevista por* MAURICIO CLAVERO LERENA

Magíster (Udelar)  
Lic. en Psicología  
Miembro de AUDEPP



M. C. L.: En tu texto, *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*,<sup>36</sup> has realizado una elucidación de la episteme moderna de la *diferencia*, de la que consideras es tributario también el psicoanálisis. Te refieres a una lógica de época que ha configurado, tomando a Michel Foucault, *la episteme de lo mismo*. Es desde allí, según tu criterio, que el psicoanálisis pensó la diferencia sexual. En tu elaboración elucidativa-deconstructiva has distinguido un conjunto de operaciones naturalizadas que fueron organizando los conceptos desde criterios de analogías, jerarquizaciones y oposiciones dicotómicas que, planteas, es necesario revisar. Has señalado que los saberes que así se organizaron no solo deslizan sesgos sexistas, sino que han establecido regímenes de verdad. Asimismo, has sostenido que para abordar las necesarias reconceptualizaciones es imprescindible abrir la cuestión con aportes multidisciplinarios, propiciando así epistemologías transdisciplinarias. ¿Crees tú que luego de veinticinco años de esa afirmación, el psicoanálisis —y particularmente el del Río de la Plata— tomó ese desafío? ¿Cuáles fueron, o aún son, los límites y los alcances de ese desafío?

A. M. F.: Es una pregunta muy amplia. Si hacemos un poco de historia, *La mujer de la ilusión*, publicada a principios de los noventa, recogía escritos, experiencias, seminarios —pensamientos— que había empezado a trabajar desde mediados de los setenta. Por entonces, —en plena dictadura— un grupo de mujeres de distintas disciplinas formamos el Centro de Estudios de la Mujer (CEM). Su directora fue Gloria Bonder. Allí nos reuníamos psicólogas, sociólogas, médicas, filósofas, escritoras, antropólogas, historiadoras, dispuestas a pensar al calor del reciente surgimiento de los *Feminist Studies*, estudios de la mujer, luego: estudios de género. En las principales universidades del primer mundo y en algunos países latinoamericanos, las académicas feministas empezaban a producir documentos respecto de la invisibilización en sus respectivas disciplinas de las cuestiones referidas a las mujeres. En nuestro país, dado que la dictadura nos había excluido de las universidades, producíamos desde lo que se llamó *la cultura de catacumbas*.

La pregunta ha sido desde entonces «¿por qué la diferencia sexual implica desigualdad social?». En cada área de pensamiento íbamos localizando las formas específicas en que se invisibilizaba la cuestión de las

36 Ana María Fernández: *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós, 1993.



mujeres o se las pensaba desde parámetros masculinos naturalizados. La experiencia de pensar-entre-otras y la confluencia de procedencias profesionales tan diversas dejó una impronta muy importante en la mayoría de nosotras. En lo que a mí respecta, desde los primeros momentos me pregunté por la base epistémica de la diferencia desde la cual el psicoanálisis nos había pensado como mujeres.

Desde aquel momento fundacional, pasando por la cátedra de Introducción a los Estudios de Género, que creé a fines en los ochenta en la Universidad de Buenos Aires, la constitución del Foro de Psicoanálisis y Género en los noventa, hasta las producciones más actuales, la tensión género-psicoanálisis ha pasado por diferentes momentos, algunos —sobre todo al principio— muy tirantes. Las instituciones psicoanalíticas de las diferentes orientaciones tomaron en general una actitud de ignorar la cuestión de género o bien suponer que no era algo de lo cual el psicoanálisis debería ocuparse.

Hace muchos años que pienso desde una perspectiva de género. Según mi criterio, implica poder pensar *las diferencias desigualadas* desde un *campo de problemas de la subjetividad*, necesariamente transdisciplinario. El psicoanálisis —en cualquiera de sus orientaciones— tiene mucho que aportar... a condición de que pueda revisar su base epistémica de la diferencia. Suelo decir que sin psicoanálisis yo no podría pensar-hacer nada... pero solo con psicoanálisis podría pensar-hacer muy poco. La interacción multidisciplinaria pone en diálogo distintos campos de conocimiento, creando condiciones para pensar transdisciplinariamente. Esto implica necesariamente un entramado muy rico, que permite aperturas en las que otros saberes interpelan tus certezas disciplinarias, las cristalizaciones de tus prácticas. Son intercambios que habilitan a la interrogación crítica, a la elucidación, es decir, a problematizar lo ya sabido... «un pensar incómodo», como metodológicamente lo llamé después.

Ese atravesamiento estuvo en muchas de nosotras desde los inicios, instalándose como experiencia —el pensar como experiencia— y ha dejado una impronta muy enriquecedora. Es bueno aclarar que pensar la tensión género-psicoanálisis y sus problematizaciones fue una actividad por fuera de las instituciones psicoanalíticas oficiales. Es de destacar que este pensar se realizaba habitualmente en espacios colectivos que han permitido el intercambio, el debate, la conversación a lo largo de todos estos años. Y lo que más rescato de esta historia es que si bien no hemos trabajado estas cuestiones desde una misma perspectiva ni hemos arribado a idénticas conclusiones, nunca hemos suspendido el diálogo ni las complicidades políticas en los temas de género.



Con la vuelta a la democracia, algunas de nosotras retomamos la vida universitaria y nuestras ideas llegaron a públicos mucho más numerosos. En 1987, creé la cátedra de Introducción a los Estudios de Género como materia optativa de grado en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, se encontraba en el ciclo de formación profesional de la carrera. Dirigí esa cátedra, con un equipo excelente, ininterrumpidamente hasta 2014, año en que pasé a profesora consulta. Actualmente está a cargo de la Dra. Débora Tajer. Fue una de las primeras, o tal vez la primera, cátedras de género para alumnxs de grado en América Latina, incluida en el plan curricular. Desde sus inicios ha mantenido alta inscripción de estudiantes.

Un poco más tarde, ya en los noventa, Irene Meler nos convoca para la apertura del Foro de Psicoanálisis y Género.

Estos tres espacios: el CEM, la cátedra de Introducción a los Estudios de Género y el Foro, junto a los seminarios que varias de nosotras íbamos desarrollando en diferentes espacios y los intercambios con el activismo feminista, fueron armando las bases de mis escritos: compilaciones, libros de autoría, colaboraciones en capítulos de libros de otras compañeras, artículos en revistas académicas internacionales, etcétera. Entre los distintos tópicos que se ponían en revisión ocupaban un lugar central las distintas conceptualizaciones que íbamos realizando con respecto a la tensión género-psycoanálisis. En el andar, se iban perfilando dos movimientos, por un lado, las instituciones psicoanalíticas que generalmente rehuían el debate, y, por otro, nuestros espacios que se iban poblando cada vez de mayor cantidad de colegas y discípulxs que se interesaban en pensar con nosotras qué puntos de los psicoanálisis era necesario elucidar y reformular. Cada vez se volvía más evidente cómo ciertas temáticas estaban pensadas desde lo que hoy llamaríamos «las lógicas patriarcales», cómo en la clínica se volvía cada vez más necesario una escucha que pudiera distinguir sufrimientos y crueldades ligadas a problemáticas de poder, de poder de género.

En esta etapa inicial, la tensión se desplegaba en varias dimensiones, una primera, en la cual el modo de lectura habitual de las instituciones «psi» suponía la verdad en el texto. Por lo tanto, volvía muy incómoda, no pertinente, una lectura que interrogaba tanto la clínica como las teorizaciones. Una segunda dimensión de esta cuestión, muy ligada a la anterior, se desplegaba en la tensión unidisciplina-transdisciplina. Uno de los principales argumentos por el cual se desmentía la importancia del debate se centraba en que las cuestiones de género, que empezaban a circular cada vez más en amplios espacios, no eran pertinentes a la teoría psicoanalítica, dado su objeto de estudio; «eso es sociológico», se decía en aquel entonces. La pregunta que se me abrió allí, más desarrollada en un libro posterior a *La mujer de la ilusión —Las lógicas*



*sexuales*—,<sup>37</sup> era ¿si los mandatos de género, sin duda sociohistóricos, son aquello que impide que el sujeto del deseo advenga? Entonces, ¿cómo es posible que las dimensiones de género sean algo exterior al psicoanálisis? ¿Cómo se puede disponer una escucha que no tome en cuenta —que invisibilice— los sufrimientos de género de tantas mujeres en análisis o las impunidades de género de tantos varones en análisis? Estas invisibilizaciones ¿no aliaban a muchos analistas al discurso del amo?

El psicoanálisis, en sus diferentes orientaciones, se ha constituido desde una demarcación unidisciplinaria, de objeto discreto, mientras que los estudios de género, en todo el mundo —como los estudios culturales, los estudios poscoloniales, etc.— abrevan en la delimitación de un área problemática, no en un objeto de estudio en el que convergen los aportes de distintas disciplinas, creando un *campo de problemas* de múltiples atravesamientos, siempre en diversas formas de intercambios, que aspiran a construir transdisciplina. El error de suponer que los estudios de género provienen de la sociología da cuenta, por un lado, del desconocimiento de esta área por parte de los psicoanalistas que así opinaban, su poca familiaridad con la bibliografía producida, etcétera. Por otro, pone en evidencia la lógica desde la cual este argumento se instauraba. Dado que el psicoanálisis establece un modo de demarcación unidisciplinaria, estos estudios a los que las feministas hacen referencia, también lo serán. Como hablan de lo social, han de pertenecer a la sociología, y como tal habremos de considerar estos pensamientos como extranalíticos. Pienso que algo así armaba el argumento de «es sociológico».

Para nosotrxs no estaba en discusión que el psicoanálisis se delimitara como unidisciplinario, ha tenido y tiene todo el derecho de serlo. La cuestión que discutíamos era la negativa a dejarse interrogar, es decir, problematizar algunas cuestiones instituidas que los estudios de género proponían debatir.

Esta cuestión se ligaba a una modalidad muy propia del psicoanálisis, por la cual en los textos de los maestros fundadores hay verdad. Lo que se ha llamado la «lectura bíblica» del texto trae como complemento indispensable las falacias de autoridad. Frente a cualquier cuestión que se plantee hay que buscar la cita de Freud, Lacan, etc., «donde ya está dicho *lo que es*». Esta modalidad de lectura no se limita al modo de pensar los problemas que han planteado los estudios de género, los antecede y continúa hasta hoy en cualquier temática que sea necesario repensar. He abordado algunos de estos problemas en *Jóvenes de vidas grises*.<sup>38</sup>

37 Ana María Fernández. *Las lógicas sexuales: amor, política y violencia*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.

38 Ana María Fernández. *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2013.



Creo que para pensar las cuestiones de género, así como otras problemáticas actuales, es necesario considerar que el psicoanálisis, como cualquier otro campo de saber, es producido en un tiempo sociohistórico y, por consiguiente, trabaja con herramientas conceptuales y con lógicas de época. Nuestra clínica opera en determinado tiempo y lugar, permanentemente presenta nuevos desafíos a la escucha. Se trata de una *escucha situada*, de una situación que *actualiza teoría en acto*. Por lo tanto, debemos estar abiertxs a pensar cuestiones impensadas en otros tiempos y lugares, para evitar la dogmatización conceptual y la cristalización de los abordajes clínicos.

El criterio de que el maestro ha dicho la verdad supone una teoría completa, a la que no le falta nada... Esto es diferente a que, frente a una nueva problematización, se genealogice lo dicho por los maestros fundadores y desde allí se parta a producir nuevo pensamiento. Es decir, lo ya sabido como punto de partida frente a algo a pensar y no como punto de llegada que cierre la posibilidad de producir nuevo pensamiento.

Podríamos ubicar un segundo momento de las tensiones género-psicoanálisis ya avanzando en los años 1990-2000. Creo no exagerar haciéndolo coincidir con la llegada de Cornelius Castoriadis, y la traducción de sus textos, a Buenos Aires. Nociones como *imaginario social*, *producción de subjetividad*, *significaciones imaginario-sociales*, etc., circularon rápidamente y llamaron la atención de colegas «progresistas» que casualmente no hacían oídos sordos a la particularidad de algunos sufrimientos y desamparos que desembocarían en la brutal crisis del 2001. Se fue armando un nicho ético-conceptual para poder pensar la dimensión histórico-social de las subjetividades. Si bien tal vez no se trabajaba específicamente la cuestión de género, se iba abriendo la dimensión sociohistórica de la subjetividad. Creo que hoy día, una generación posterior, en su desafío de pensar las diversidades sexuales, está retomando desde allí y para ello necesita interrogar, problematizar el psicoanálisis en que se inscribe, en algunos de sus planteos.

He trabajado mucho en la dimensión históricosocial de las subjetividades. Castoriadis y Foucault son autores muy presentes en mi caja de herramientas desde el principio de mis escritos. Pienso que no se trata solamente de vincular el psiquismo, objeto del psicoanálisis, con las subjetividades de época, sino que es necesario ahondar en el entramado mismo de lo fantasmático y lo social. El libro donde más he desarrollado estos problemas es *Las lógicas colectivas*.<sup>39</sup>

---

39 Ana María Fernández. *Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos, 2007.



Otra interpelación importante a las posiciones de las instituciones psicoanalíticas locales con respecto a la cuestión de género ha sido la difusión mundial del pensamiento de Judith Butler. Del 2000 para acá, se encontraron con que cuestiones que localmente eran resistidas a ser pensadas, planteadas desde hacía tiempo por algunas de nosotras, eran tomadas en cuenta por instituciones centrales del primer mundo que empezaban a considerar los aportes de Butler y otras filósofas feministas.

Al mismo tiempo, hace bastantes años que a nuestras producciones alrededor del Foro se las llama «la Escuela Argentina de Psicoanálisis y Género». Cuando viajas al extranjero a dar seminarios es muy fuerte comprobar cuánto conocen nuestros libros y cómo van siguiendo nuestras producciones.

Hoy la situación ya es otra. En los últimos años las violencias de género se han visibilizado mucho más, desde el Estado se establecieron políticas públicas al respecto, se fueron abriendo a lo largo del país agencias estatales que, con sus limitaciones, abordan la cuestión y convocan equipos multidisciplinarios que incluyen colegas, los medios de comunicación con sus ambigüedades tratan los casos de femicidios y convocan psicólogos y psicoanalistas a dar opinión... todo está mucho más abierto y con independencia de las instituciones más clásicas, todo está en debate. Lxs colegas que trabajan como agentes del Estado y tienen que actuar en programas que definen sus acciones desde abordajes con perspectiva de género se enfrentan a grandes dificultades.

Aquí se plantea una cuestión bien interesante: ¿cuál es la tensión psicoanalista-agente del Estado? Salvo aquellxs colegas que suponen que su tarea es la misma en el consultorio que en una Dirección de la Mujer, lxs jóvenes colegas van recuperando y llevando a la práctica cuestiones que estudiaron en la Cátedra de Género o con Mabel, Irene o Eva, o en las cátedras abiertas de diferentes universidades, o los programas de las universidades del conurbano, o en sus grupos autogestivos. Acuciadxs por la ineficacia de la formación recibida «oficialmente» en este tema, van avanzando, haciendo propia una perspectiva de género.

Entiendo la *perspectiva de género* como la indagación conceptual que ha permitido visibilizar la producción y reproducción de situaciones que han alejado a las mujeres de la igualdad de oportunidades que las democracias occidentales han instituido como universales. Implica el estudio de las múltiples formas en que, sea en la macropolítica o en la vida cotidiana, se ponen de manifiesto las complejas alianzas entre capitalismo, patriarcado y Estado. Trabajar con perspectiva de género es poder elucidar cómo operan



en cada situación los dispositivos sociohistóricos de la dimensión de poder entre hombres y mujeres. Es desde tal entramado que tenemos que pensar cómo se produce en cada situación una subjetividad en subalternidad de género. Cómo una mujer se posiciona desde la subalternidad, cómo un varón se posiciona desde las impunidades de género, cómo estas posiciones operan en alto grado de naturalización, etcétera. Desde allí tendremos que pensar las especificidades de los abordajes clínicos en la clínica privada y en las agencias del Estado, teniendo en cuenta siempre sus particularidades. Se trata de pensar. Es un pensar incómodo, ya que a veces va a contramano de las certezas instituidas... pensar es inventar.

Con respecto al psicoanálisis, si bien en los primeros tiempos las instituciones psicoanalíticas rehuyeron el debate explícito género-psicoanálisis, la presión sociohistórica lo fue desplegando de otros modos. En mi criterio, lo nodal sigue siendo la episteme moderna de la diferencia, desde la cual el psicoanálisis ha pensado la cuestión. Es un tema epistémico, político, ético, conceptual y clínico. Se trata de poder pensar cómo una teoría es hablada por su época y desde allí configura sus impensados, su inconsciente, en el sentido metafórico del término.

Ahora bien, es interesante poder distinguir ciertas paradojas de la historia. Aquello que no pudo ser pensado en relación a las mujeres porque *diferente* era sinónimo de *desigual*, aquello que no pudo ser escuchado en la clínica de los sufrimientos de la subalternidad de esa diferencia, hoy vuelve como el retorno de lo reprimido con muchísima fuerza en la problemática de las diversidades sexuales. El núcleo epistémico es el mismo. El binarismo de la diferencia obtura la posibilidad de pensar la teoría y la clínica de dichas diversidades en su especificidad. Hoy el debate está instalado y hace linaje con las cuestiones que se pudieron pensar desde los primeros estudios feministas. De hecho, las generaciones más jóvenes que se encuentran convocadas por esta cuestión toman muchos de nuestros escritos de entonces y nuestras investigaciones actuales sobre diversidades sexuales.

M. C. L.: Particularmente sobre la conceptualización de *La mujer de la ilusión* mencionas que tres de los mitos que la sostienen, y que se encuentran entrelazados con sus narrativas particularizadas, son: *mujer igual a madre*, la pasividad de la erótica femenina y el mito del amor romántico; inscriptos en un ordenamiento dicotómico de lo público y lo privado. Ello ha construido en la Modernidad una forma de subjetividad «propia» de las mujeres, en la que se encuentra el posicionamiento de «ser de otro» en detrimento de «ser de sí», emergiendo diversas formas de tutelajes objetivos y subjetivos. Estos mitos serían piezas claves en el disciplinamiento de la



sociedad. Asimismo, mencionas que nuevos organizadores de sentido y prácticas sociales a veces dan cuenta de deseos que no se anudan al poder, que desordenan esas prácticas, desdisciplinan los cuerpos y, en algún punto, instituyen una nueva sociedad. Desde el desarrollo de estas afirmaciones, y particularmente en este contexto de la clínica contemporánea, ¿cuáles crees que han sido los mayores obstáculos para la interpelación-deconstrucción de estos mitos? Así como, ¿cuáles serían aquellos hechos donde las mujeres han podido realmente ser protagonistas de un nuevo orden social, logrando transformar ese orden de «desigualadas»?

A. M. F.: La historia de las mujeres y sus procesos emancipatorios es un claro ejemplo de que una emancipación no se produce en un camino recto y siempre hacia adelante. Son *corsi e recorsi* de la historia, por lo que la propia idea de progreso en su sentido evolutivo-moderno queda cuestionada. Tampoco se puede hablar de generalidades absolutas. Es necesario tener en cuenta que los procesos de avance de las mujeres hacia situaciones de mayor igualdad de oportunidades son muy variables según las regiones geopolíticas, aun dentro de un mismo país, las diferencias de clase, de etnia, de zonas urbanas o rurales, de las grandes ciudades respecto de las zonas urbanas del interior del país, de las clases etarias, comunidades religiosas, de las llamadas «opciones sexuales», etcétera.

Si tratamos de poner una mirada más general, podemos pensar que hay algunas cuestiones logradas en los sectores medios urbanos de las que difícilmente se retrocederá. En mi país, en estos sectores, por ejemplo, es esperable que las jóvenes vayan a la universidad, que sus familias no aspiren a que lleguen vírgenes al matrimonio, que en sus conyugalidades se rijan por el control de la natalidad, con una descendencia de uno o dos hijos, o tres como máximo. Esto que posiblemente a los y las jóvenes les parece obvio, en términos históricos es sumamente reciente, ha implicado enormes transformaciones de las subjetividades colectivas y por ende en las prácticas de la vida cotidiana, los criterios de lo público y lo privado, la moral sexual, etcétera.

Para dar un ejemplo concreto, conversando con colegas mexicanxs de mi generación, la mayoría pertenecía a familias de ocho o nueve hermanxs, mientras que en mi caso proveníamos de familias de unx o dos hijxs. Aun sus hijxs tienen varios hijxs en la actualidad. Ser hijx únicx es allí todavía una rareza. Es decir que en ciudades importantes de ambos países podíamos constatar veinte o treinta años de diferencia tanto en el control de la natalidad como en el ideal de familia tipo. Esto no es un tema menor a la hora de pensar las transformaciones de los años sesenta, el giro de la moral sexual,



el ingreso a la universidad y al mundo del trabajo calificado de grandes sectores de chicas de clase media en Argentina.

Es en estos sectores donde se dieron los cambios más significativos, si bien según las estadísticas son las mujeres de las clases más pobres las que cubren en mayor número la inclusión en el trabajo remunerado, se ocupan en el sector de servicio doméstico y algunas otras actividades informales. En los sectores medios urbanos, si bien no todas las mujeres con títulos universitarios desarrollan profesión (esto depende generalmente de los ingresos del marido y no del número de hijos), las que sí se profesionalizan y tienen ingresos económicos significativos han desplegado, con su inserción en el mundo público, importantes patrones de independencia. No debe subestimarse la importancia de tener proyecto propio, ganar su propio dinero, etcétera.

También los varones heterosexuales van haciendo cambios en su vida cotidiana. En algunos casos puede ser un varón más sensible, menos autoritario. Lleva lxs chicxs al colegio, lxs baña, va al supermercado... pero es importante registrar que la lógica conyugal sigue siendo patriarcal. Habrá que estudiar más en profundidad los efectos en los varones heterosexuales actuales de las independencias logradas por las mujeres con las que establecen vínculos sentimentales, de modo tal de poder alojar con mayor propiedad estas crisis de la masculinidad en varones jóvenes. ¿En qué los amenaza que ella pueda ganar buen dinero, que esté entusiasmada con su trabajo?

De todos modos, creo que se podría afirmar que la mayoría de las mujeres hemos desarrollado independencia, pero aún nos falta avanzar en la construcción de autonomía. Podría decirse que *independencia económica-dependencia sentimental* es una combinación fatal... Un proyecto emancipador supone ganar libertades. En el caso del feminismo, en sus distintos momentos históricos, significó no solo ganar libertades cívicas, sino que centralmente puso en cuestión la dependencia erótica de las mujeres. De allí el famoso lema «lo personal es político», ha implicado poner en visibilidad el encierro que significó ubicar a las mujeres como objetos de deseo y la importancia político-subjetiva de configurarse como sujetos deseantes. Los logros del feminismo de los sesenta y los setenta, la llamada revolución sexual, la píldora, el abandono de la castidad como valor, etc., tuvieron estas cuestiones como ejes centrales de su sentido emancipador. De allí su fuerza...

Las jóvenes generaciones pareciera que recibieron este cambio en las costumbres, en lo referido a su sexualidad, como algo ya dado, tal vez olvidando que fue producto de muchas luchas colectivas de las generaciones



anteriores. Esto es preocupante, ya que aquello que se logró colectivamente, si se ignora este carácter, puede perderse...

Pareciera que hoy se estuviera corriendo el eje hacia una mayor participación de los varones en las actividades domésticas y de crianza. No pienso que esta cuestión sea menor, pero plantea dos cuestiones; en primer lugar, pareciera perderse la dimensión colectiva de los avances sociales, es una disputa privada con su compañero; y, en segundo lugar, pareciera perderse de vista que los procesos de ampliación de libertades, de cualquier orden, donde se trata de correr los bordes de lo posible, pasan indefectiblemente por los cuerpos y los flujos deseantes que se abren en las prácticas activas versus las pasivas. Lo vimos con mucha contundencia en nuestra investigación de fábricas recuperadas que analizamos en el libro *Política y subjetividad*.<sup>40</sup> Un empoderamiento pasa necesariamente por los cuerpos. Se componen otras corporalidades... con-otrxs, entre-otrxs en un camino colectivo de afirmación, de dignificación de sí.

En psicoanálisis suele decirse que las mujeres están más pendientes de su deseo de reconocimiento que del reconocimiento de sus deseos. Cuando no se ve la funcionalidad socio-histórica de esta cuestión, se vuelven invisibles los caminos de su transformación. No es un tema menor... su funcionalidad es tal que ha garantizado la monogamia de las mujeres a lo largo de muchos siglos.

Muchas mujeres, aun en la actualidad, suelen dar por sentado que la conyugalidad implica un pacto monogámico recíproco. Se vuelve invisible que, en general, los varones suelen funcionar de otro modo. Aunque lo vean en su padre, hermanos, amigos, calculan que son situaciones individuales excepcionales.

Junto a estas cuestiones, y muchas otras, puede pensarse que el mundo heterosexual está en un momento muy complejo. Pareciera haber llegado a un *impasse* que exigiría reinventarse mucho, pensar la cuestión más allá del amor o desamor de esta pareja en particular. Por el momento no veo una voluntad de pensar colectivamente estas cuestiones, más bien veo un encierro en dolores individuales, en suponer que en un cambio de pareja estaría alguna solución, o en imaginar que, si él colaborara más en lo doméstico, todo estaría mejor...

Si pensamos estas cuestiones en términos históricos, podremos observar que, desde mediados del siglo xx, se fue inaugurando un proceso social donde las mujeres fueron incorporando su deseo de placer sexual en el

---

40 Ana María Fernández. *Política y subjetividad: asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2006.



matrimonio. Podría decirse que esto fue toda una rareza histórica, una invención de las mujeres. Los varones siempre tuvieron dos instituciones diferentes, una para la reproducción y otra para los placeres... Esto trajo nuevos problemas ya que la institución matrimonial no fue inventada para alojar estas intensidades eróticas. Pruebas a la vista, muchas veces no resiste y es una institución que estalla. Esta rareza histórica abre una pregunta... ¿por qué las mujeres habremos imaginado que esta ampliación de posibilidades de placeres debía conseguirse al interior del matrimonio?

Como te decía, no pienso que se trate de avances en un sentido ascendente progresivo, sino en *corsi e recorsi* en las complejidades de la construcción histórica de erotismos en clave activa de posicionamientos subjetivos deseantes... Pienso que es allí donde está el eje de la batalla libertaria más profunda por la paridad política de los géneros.

A contrapelo del encierro de tantas jóvenes en ubicar lo doméstico como eje de sus problemas, este es un momento muy interesante de luchas feministas en Argentina. Lo llamo *feminismo plebeyo*. *Plebeyo* en el sentido de Néstor Perlongher: masivo, popular, de los barrios lejos del centro... Es un feminismo en el que ya no solo participan las mujeres ilustradas de las capas medias que leían a Simone de Beauvoir, sino que, en la actualidad, en los barrios más marginales, en cualquier movimiento social de cualquier orientación política se incluye entre sus reivindicaciones la lucha contra el femicidio, la trata, el abuso, el acoso, la violencia de género y por el aborto libre. Son reivindicaciones que forman parte de sus plataformas o programas políticos más básicos, hartos de sufrir en sus barrios estos flagelos. Incluyen estos temarios de género en sus actos político-reivindicativos y, a su vez, participan masivamente en las manifestaciones por estos temas, organizadas por las feministas.

Un ejemplo interesantísimo de la *multitud en la calle* es el Ni Una Menos, convocatoria no solo multitudinaria, sino también con formas organizativas y de coordinación de grupos participantes muy novedosa. Estas nuevas situaciones multitudinarias tienen como gran linaje el Encuentro Nacional de Mujeres, que lleva ya más de treinta años ininterrumpidos. Se reúnen todos los años en una provincia diferente y concurren más de setenta mil mujeres que no solo se manifiestan, sino que trabajan varios días en diferentes talleres discutiendo temarios de género muy variados.

Se trata de procesos políticos de gran trascendencia que han investido un nuevo feminismo multitudinario, popular y callejero —que toma la calle— que va instalando una práctica colectiva: se sale rápidamente a la calle a reclamar, a exigir, no solo a peticionar. La multitud en la calle genera



una sinergia política-subjetiva muy particular en quienes asisten. No volvéis igual luego de esta experiencia. También opera en los imaginarios colectivos donde se van cambiando algunas significaciones. Por ejemplo, ahora en los medios se habla de femicidios, no de crímenes pasionales; no se tolera más lo que antes parecía natural, respecto de abusos y acosos, etcétera.

Una característica muy saludable también es que estas citas multitudinarias alojan también otras temáticas: violencia policial, Santiago Maldonado, obrerxs despedidos, etc., del momento. También, desde el principio, se incluyeron las reivindicaciones y consignas de las diversidades sexuales y participan sus agrupaciones. Quiero resaltar que en cada evento multitudinario convergen todas o la mayoría de lo que he llamado las *diferencias desigualadas*. En su momento todxs salimos a la calle para lograr las leyes de matrimonio igualitario e identidad de género. El mundo gay y el mundo trans acompañan nuestras luchas por el aborto, etcétera.

En acto, están aquí en juego dos conceptos muy fuertes: la noción de *multiplicidad*, de Gilles Deleuze, y una de sus derivadas, la noción de *multitud*, de Toni Negri, que trabajé en *Las lógicas colectivas*. En ambas nociones se trata de pensar la materialidad de las corporalidades en acción. Aquí, a diferencia del significante que desliza, las corporalidades redundan y producen flujos de intensidades específicas. Otro gran capítulo que el psicoanálisis tiene que abrirse a pensar: las corporalidades en acción. Como comprenderás, el tema no se agota en la cuestión del goce.

Los procesos emancipatorios de cualquier índole se tramitan generalmente en los tiempos de larga duración. Sin embargo, en cada momento histórico van configurando sus particularidades epocales y los logros de cada época, tanto en ese correr los bordes de lo posible como en las resistencias de los sectores retardatarios que se oponen a los cambios. Sin duda, mi generación pagó altos costos por sus logros. Las jóvenes de esta época no dejaron de registrarlos.

Hoy en día, uno de los temas centrales es sin duda la cuestión de los femicidios. A mi criterio, esta ferocidad da cuenta de que el patriarcado no es meramente una estructura, sino que es un campo político en el que se entrama con las mayores crueldades del capitalismo actual y la complicidad de amplios sectores del Estado. Considero que es necesario pensar la cuestión de los femicidios como una de las estrategias biopolíticas de dominio en la que se entraman dispositivos de estas tres instancias en la reconfiguración de sus alianzas históricas.

Vemos cómo va cambiando el ciclo de la violencia de género. Hace veinte o treinta años atrás, cuando empezamos a estudiar la cuestión, la situación más



clásica era de mujeres que habían aguantado palizas por muchos años, él se iba ensañando cada vez más hasta que finalmente la mataba. Hoy podemos observar que el ciclo mantiene los pasos estudiados: ataque violento, arrepentimiento, luna de miel, incremento de la tensión y nuevamente ataque violento. Pero a diferencia de los casos más clásicos, que siguen existiendo, estamos en presencia de un ciclo de una velocidad vertiginosa. Noviazgo de unos meses que termina en femicidio, por ejemplo, o supuesto novio que entrega a la chica a cambio de droga. Han aparecido últimamente varias chicas violadas y muertas por grupos en situaciones de este tipo.

El mito del amor romántico es uno de los principales escollos para que esta niña o joven no pueda ni vislumbrar el riesgo... él «la ama tanto que la cela», la aísla de sus vínculos, la va a buscar a todos lados, «es por amor». Él es quien la cuidará de los peligros, por tanto, la invita a un lugar que no conoce, sabe tal vez que habrá otros muchachos, pero como va con él... no puede ni imaginar el riesgo. Hemos visto este tipo de situaciones no solo de chicas de extrema vulnerabilidad social, sino también de sectores medios, con estudios terciarios, etcétera.

M. C. L.: Hace poco menos de un mes se publicó el libro *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*.<sup>41</sup> En tu texto «Las lógicas sexuales actuales y sus composiciones identitarias», se presenta un rico contenido bajo el subtítulo «De las minorías sexuales a las multitudes *queer*», que nos vuelve a introducir en las lógicas sexuales, pero del universo trans, que como dice la Dra. Giberti suelen presentar «combinaciones» que la heteronorma dominante jamás hubiera podido imaginar. Aparecen allí múltiples ejemplos que han sido de público conocimiento a través de los medios de comunicación, así como nuevas opciones de nominación que proponen los colectivos o, en hechos más concretos, las redes sociales.

Tomas a Paul B. Preciado entre otros aportes del pensamiento *queer*, etc., particularmente me pregunto si al igual que en *La mujer de la ilusión* has podido considerar cuáles son los mitos que sostienen estas producciones de subjetividad disidentes y sus mayores obstáculos a problematizar.

A. M. F.: ¡Qué pregunta más interesante! Es muy inteligente de tu parte... Estaría muy bien pensar cuáles son los mitos sociales allí. Perlongher, de quien hablábamos hoy, ya advertía los nuevos riesgos que podría traer la no-clandestinidad, las encerronas del matrimonio, las modalidades de conyugalidad

41 Irene Meler (comp.). *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2017.



en los universos de las diversidades. Me parece que tenemos que ir viendo qué capacidad de invención pueden desplegar los colectivos disidentes al establecer modalidades conyugales. Cómo van inventando las particularidades de las instituciones familiares que van consolidando, qué nuevas prácticas van inventando las familias diversas o qué transformaciones en los imaginarios colectivos van invistiendo y legitimando tales prácticas.

Las leyes de matrimonio igualitario e identidad de género sancionadas hace pocos años en Argentina no surgieron de la nada. Han sido producto de una voluntad política que se hizo eco de las luchas de varias generaciones de estas «minorías» —así se las llamaba hasta hace poco—. De sus colectivos militantes, que fueron poniendo en visibilidad y fueron diciendo «basta» a las discriminaciones y estigmatizaciones. De aquellxs que decidieron —no sin coraje— salir del clóset, de aquellxs que hicieron de la injuria orgullo, etcétera. De aquellxs que ganaron la calle, una y otra vez, que fueron acompañadxs por otras diferencias desigualadas y, cada vez más, por los movimientos sociales de lxs más desposeídxs. En tal sentido apoyo y participo de los movimientos que amplíen derechos, inclusión, dignidad, libertades en nuestras tan deficitarias democracias.

Dicho esto, es necesario decir que la institución matrimonial fue «inventada» desde y para la heteronormatividad. Es riesgoso suponer que se conseguiría una mayor legitimidad instituyendo matrimonios diversos que emularan lo más posible a los matrimonios heterosexuales. Además, el matrimonio heterosexual es una institución en crisis. Tiene su propia crisis, producto de que fue inventado desde lógicas patriarcales, es decir, con un protagonista: el varón, y una esposa que fuera su complemento. Esta modalidad ha abarcado desde la organización económica hasta la intimidad sexual. Con las transformaciones de los posicionamientos públicos y privados de las mujeres a partir de mediados del siglo xx, su crisis se ha precipitado velozmente.

Con respecto a esta cuestión, desde hace muchos años es una problemática que ha instalado interesantísimos debates tanto en los colectivos militantes como en la intimidad de muchas conyugalidades diversas. No así en la mayoría de los espacios de pensamiento de lxs psicoanalistas, particularmente en aquellxs que mantienen tan naturalizadas las modalidades de las interacciones que establece la heteronorma... A punto tal que ni lo imaginan. Saben poco o ignoran, por ejemplo, que las sinergias de las prácticas eróticas entre mujeres, entre varones, con o entre trans, etc., son muy diferentes a las sinergias o dinámicas de las relaciones hombre-mujer cuando estas siguen la lógica sexual fálico-moderna. Estas sinergias organizan los lazos



de estxs amantes de otro modo, también los tiempos de sus vidas cotidianas y les presentan dificultades específicas, particulares, en sus singularidades.

Cuando la escucha analítica no ha indagado su propia implicación, su propia diferencia, de hecho —en acto— está escuchando, aunque no lo sepa, desde una heteronorma universalizada y no registra las particularidades de aquello que se establece por fuera de la heteronormatividad. O registra solo aquello más explícito de la narrativa del analizante, que pocas veces se refiere de un modo directo a las cuestiones más íntimas de su erotismo, pero que están presentes ahí-todo-el-tiempo, en ese entre-dos o entre-algunos-grupal, en las latencias presentes y operando desde el campo de significancias de ese espacio analítico.

O, sin ir a las intimidades, cuando llega a la consulta algún o alguna joven militante de los grupos más radicalizados de los colectivos *queer*, donde cada detalle de su atuendo es parte de su composición identitaria que ha elegido trabajando la performatividad en el plano de las corporalidades o está indicando una toma de posición en los debates de sus grupos. Si ignora la política que en acto ha configurado desde su semblante, ¿cómo lee la performatividad de los procesos configurativos de las corporalidades que están ahí en juego, pero que no operan desde la palabra? Sería simplificar mucho decir que se trata de un lenguaje corporal...

Si abordamos la cuestión de las nominaciones y recordando que Bourdieu planteaba que toda nominación es un acto político, cuando en los colectivos trans, por ejemplo, sus integrantes discuten si prefieren nominarse mujer o varón trans, o trans, pero no mujer ni varón o mujer o varón, pero no trans, lo que está allí en juego no es una desmentida identitaria, sino la búsqueda de una afirmación de sí. Pero si la experta o el experto exterior al colectivo pretendiera instituir una nominación u otra, sería todo un problema y estaría bordeando una calificación riesgosa de estigmatización. El problema no sería qué palabra o clasificación se elija, sino quién la dice.

Volviendo a la pregunta, en realidad es un tema que no se me ha ocurrido pensar... Creo que tengo una cierta objeción o incomodidad a producir pensamiento en este tema. Me parece que tendría que ser una problemática a desplegar por lxs propixs colegas que forman parte de los grupos diversos. Es una objeción no muy consciente, la voy pensando mientras conversamos. Si yo sostengo que trabajo en un pensar incómodo, ¿qué tendría esta incomodidad en particular que me hace obstáculo?

Creo que pondría en principio dos cuestiones, una, si querés, más política, donde la «experta» dizque heterosexual teoriza y les cuenta a lxs *queer*, lxs «rarxs», cómo se establecen sus posicionamientos y sus subjetividades.



Aun involuntariamente, estaríamos corriendo el riesgo de restablecer, con las mejores intenciones, posiciones de poder, y la ecuación diferencia igual anomalía estaría ahí nomás. Las mujeres hemos escuchado tanto tiempo que los varones nos digan cómo somos... Si nuestro superyó es más o menos que... si un deseo de hijo proviene de extrañas equivalencias con penes y heces... si nuestra envidia, roca viva... O ya más actualizadxs... si un poco fuera del lenguaje, gozamos, ¡¡¡pero no nos enteramos!!!

La otra cuestión, ya desde un sentido más estratégico por la urgencia de producir pensamiento en esta problemática, creo que serían lxs colegas que participan —son parte— de experienciarios, que se conforman más allá de la heteronorma, quienes estarían en mejores condiciones de producir pensamiento al respecto. Creo que tal vez puedan puntualizar con más precisión por su propia experiencia como analizantes, más allá de lo fructífero que estos análisis hubieran resultado en otras áreas de sus padecimientos, que no supimos, no pudimos, no quisimos escuchar de estos posicionamientos. Cuándo, cómo, no pudimos distinguir singularidades o particularidades extraheteronormativas. O también, ya como analistas, tal vez puedan transmitirnos cuándo sí pudieron desde sus existenciarios, operando como experiencia analítica, entamar mejor las singularidades extraheteronormativas con las singularidades de toda escucha.

De todos modos, es una problemática que me interesa muchísimo y que investigo desde hace años, por lo que estoy muy a disposición en lo que pueda aportar... Creo que tal vez donde pudiera aportar a un pensamiento que acompañara este camino es justamente en la cuestión de la episteme de la diferencia, de la que hablábamos al principio.

Pienso que un psicoanálisis pospatriarcal, como ya empieza a nombrarse tanto en las cuestiones de género referidas a mujeres como en aquellas referidas a las diversidades, necesita que sus lecturas crítico-elucidativas puedan ir avanzando en la puntualización («distinguir y puntuar», suelo decir) de dónde, cómo, en las conceptualizaciones más clásicas de cualquier orientación, se reproduce la lógica moderna de la diferencia binario-jerárquica que sostiene aún hoy tan naturalizado ese criterio donde lo diferente es ubicado por defecto en relación a un idéntico universalizado, siempre en riesgo de patologizar o invisibilizar en la singularidad del caso por caso, particularidades específicas en esa escucha singular.

En ese sentido, si interesara, puedo acompañar con el aporte de algunas ideas que trabajo dese hace años de otros modos de pensar la diferencia como *diferencias de diferencias*, es decir diversidades, multiplicidades que en el plano filosófico han ido creando otra lógica de la diferencia. En



lo político, es el paso de la diferencia a las diversidades. Con respecto al psicoanálisis, la noción filosófica deleuziana de multiplicidad tiene entre sus méritos que permite en el trabajo elucidativo, no descartar los aportes del psicoanálisis, como hacían las primeras feministas de los cincuenta y los sesenta, sino recuperar en una clínica revisitada, en su trabajo permanente clínico-crítico, grandes regiones de sus conceptualizaciones una vez realizado el trabajo de genealogización-deconstrucción que supone, a mi criterio, toda elucidación.

En tal sentido, siempre a disposición para acompañar.

M. C. L.: Te agradezco mucho por tu tiempo y por propiciar un espacio para pensar sobre estas cuestiones.

A. M. F.: Para mí fue un placer.

